

Vicente Mengod

Gabriel Miró en su obra



ALGUN filósofo ha dicho que el hombre no puede saltar fuera de su propia sombra. Sin embargo, esta realidad física, con reminiscencias metafísicas, se vence, se doblega, cuando la fantasía dispara los anhelos más allá de las rígidas e inexorables leyes de la gravedad terrícola.

El individuo, consciente de sus circunstancias, trata de actualizar el porvenir, quiere adelantarse a los acontecimientos. Y para ello, conociendo las razones de causalidad que ligán los fenómenos vitales, remueve las raíces de su personalidad, remonta en sentido inverso el fluir de su existencia para ir a detenerse en los orígenes de las primeras vivencias cristalizadas.

He ahí, pues, que los psicólogos en sus incursiones de investigación practican un arte de la evocación, valoran las mínimas o dilatadas lagunas del conocimiento, levantan fenecidos fantasmas y les dan nombre y actividad, recogen la fibra sutil que relaciona los deseos pretéritos y las acciones tendidas, clasificadas a lo largo del tiempo y del vivir. De esta forma, la obra de un artista va entregando las claves para su interpretación. Quizás, el ademán impensado obedece a profundas razones ancestrales. Sonidos y colores determinados nos hacen vibrar porque nuestra sensibilidad fué preparándose para ello desde un momento que reposa en cenizas de aparente olvido. La frase que extiende en nosotros su resonancia

fué registrándose paulatinamente en nuestro cerebro, a partir de una situación, felizmente esfumada.

Tal vez, la obra de un escritor puede ser interpretada en sus justos límites, cuando se conocen algunos detalles entrañables de su vida. Gabriel Miró, artífice de la lengua castellana, hombre mediterráneo, introvertido, se explica como fenómeno estético, como estilo de máximas deigadeces, estudiándolo al hilo de una vida, la suya, que hubo de realizarse en condiciones, si no excepcionales, muy significativas, sin embargo.

Gabriel Miró fué un niño de cabellos entre bronce y oro. Sus manos conocían el frío eterno. Los ojos, azules y verdemar. Se dice que nació al declinar el sol de una tarde levantina. Hora crepuscular, fácil para la ensoñación.

¿Acaso, la primera luz que hace vibrar la retina de los hombres los condiciona para siempre?

En la casa, un aroma de espliego, algo así como una reminiscencia oriental, conservada en los pueblos de la Marina, del Levante español.

La vida afectiva del escritor se inicia entre los brazos de su madre, una mujer hermosa.

¿Habría, quizás, algún nexo oculto entre ambas circunstancias?

Después será la vida escolar, en los pupitres de un salón rudimentario. En el centro, como Júpiter tonante, la figura del maestro, enfundado en grandes levitas, calzado con botas chafadas, descomunales. Y al morir la tarde, entre celajes y remolinos de polvo, un polvo dorado, la voz que dice las bellezas de un Paraíso terrenal, inasible, perdido entre llanuras idílicas de una remota geografía.

¿Será posible que las estampas dulzonas, paradisiacas, vulneren la futura condición de los hombres demasiado humanos?

Habría de transcurrir el tiempo. Pero ya el rubio infante conoce las tristezas inefables del internado escolar. Allí dicen su voz y estampan sus gestos los curas, "hombres vestidos de negro" que,

desde antaño, glosaron los escritores, entre otros, aquel Arcipreste de Hita, irónico, de bronca epidermis, de impulsos zoológicos, de sutil espíritu, no obstante.

Gabriel Miró, desde la clausura, aprendió a soñar lejanías, disparando su vista y sus anhelos sobre la cumbre montañosa que limita el horizonte provinciano.

Las enseñanzas, la monocorde letanía de un morir inexorable invita a la íntima caricia de una piedad inútil. El yantar humilde, silencioso, de un colegio conventual, se trueca en acicate de voracidad. Y así, cuando el escolar goza sus breves períodos de vacaciones y llega al hogar, saborea con delectación los pastelillos de apretado dulzor, las golosinas que inventa la mano hacendosa y maternal. Y habrá, no sólo el placer gastronómico, sino la borrachera de aromas, el suave olor de tahonas y pastelerías, la intuición de la almendra amarga en medio de tanta delicia. Algo así como una anticipación de la vida, como un balanceo entre dulzor y amargura, entre faz y reverso de las realidades.

Una suave oleada de misticismo elemental rebulle en la joven sensibilidad. Las viejas historias de maravilla, la plasticidad de los oficios divinos, un caos de vivencias sin elaborar pugnan por concretarse en realizaciones materiales.

Miró se siente iluminado, recuerda que en los desvanes de su casa hay lugares de recogimiento, que allí se guardan viejas estolas, bruñidos candelabros, un altarcillo, la imagen de un Cristo doloroso. Su espíritu restalla de fervor. Las palabras candenciosas, desvaídas, nacen en sus labios. Y ante la admiración de familiares y amigos oficia sus misas poéticas, declama el sermón que fuera cristalizándose en su cerebro allá en el silencio de los claustros escolares. De esta forma, esboza como una anticipación de fervor, un deliquio cuajado de paganía que, más tarde, habría de rebrotar en unos cuadros bíblicos, en unas evanescentes figuras de la Pasión.

Años más tarde obtiene su título de licenciado en derecho. Como defensor de imposibles fracasa en sus gestiones administrati-

vas iniciales. Su caso es uno de tantos en medio de las turbulencias de la historia judicial de España.

Se le confiere el cargo de cronista de Alicante. Pero sus ideas sobre la pequeña y hermosa ciudad no las lee nadie. Y busca refugio entre sus amistades.

¿Quizás, los hontanares de la nostalgia y el deseo de una libertad sin límites no se alumbran y producen en la atmósfera enrarecida de una fraternidad superficial?

Se traslada a Barcelona. Allí, en la Casa de Caridad, obtiene el cargo de escribiente. En esos momentos, Gabriel Miró, tan refractario a los cálculos, con cierta resignación filosófica, escribe: "Sabré el precio de las haldas y tocas de las esposas del Señor, del lavado de sus castas camisas, de las legumbres, del aceite, de los corderos y pollastres. Quizás les acompañe en sus oraciones y éxtasis, o me crea un hacendado mirando la abundancia de víveres, hortalizas y averío; tal vez, me encuentre tan hundido en la realidad que traiga manguitos para no mancharme la ropa, birretillo regondo, y en los hombros alguna caspa como cualquier jefe de negociado de Beneficencia. A todo estoy dispuesto, de rodillas en el Getsemaní de la paciencia. Comienza la jornada definitiva".

No duró mucho tiempo en este empleo. Una editorial lo requirió para dedicarse a la Enciclopedia Sagrada.

¿En qué momento las plantas del hombre estampan sobre la tierra su huella más profunda e indeleble?

Y pasarán los años. Las plantas del hombre irán señalando profundas huellas en los caminos, en los viales de algún jardín solitario. Cuando la vida, que hace y deshace a los hombres, nos deje en los desvanes del recuerdo una imagen, y en la sensibilidad el impacto de plurales avatares de belleza, se habrá realizado la eterna parábola del vivir, de una experiencia vital ajena que no quiso morir, porque la inmortalidad de los grandes espíritus se hace carne y fuerte soplo en la memoria de los demás, de quienes saben las delicias de la santa admiración.

Así fué Gabriel Miró. Un artista que nos legó su recuerdo en-

tre las páginas de algunos libros pensados con devoción estética, alumbrados entre un caos de circunstancias que pugnaban por ahogar la sutil llamita que los dioses encienden en algunos corazones.

* * *

Corren los años 1908 y 1909. Gabriel Miró ha pasado del anonimato a representar una legítima esperanza de las letras. La revista semanal "El Cuento del Domingo", en la que colaboran Unamuno, Blasco Ibáñez, Pérez de Ayala y Valle-Inclán, organiza periódicamente concursos y selecciona valores. A este torneo acude Miró. Su narración se titula "Nómada", inspirada en un periódico lugareño que glosaba la ruina, el abandono y apartamiento de un ex alcalde de Jijona. El autor había descubierto en el vagabundo tribulaciones, ansias y altiveces de hidalgo desventurado.

Gabriel Miró obtiene el premio, y su nombre ya está lanzado. Ahora deberá seguir escribiendo sus obras. Pacientemente capta las sensaciones de su mundo. Pasea su mirada en torno al paisaje que lo vió nacer. Y en sus páginas, la tierra, las manchas vegetales, las avecillas y los insectos crean un paisaje, animan y justifican los estados del alma.

Con razón se ha dicho que los escritores, los poetas nos ofrecen la ilustración de aquello que una época vió y encontró en un paisaje. La prosa de Miró es una demostración de la manera levantina de concebir e interpretar los elementos paisajistas en su valor fundamental y ancilar.

Con frecuencia, el escritor levantino nos expresa su deleite frente a los cerros y altozanos, en la cumbre de las montañas bravías. Quizás, de una manera inconsciente haya comprendido que las verdes llanuras son antirrománticas, porque el romanticismo cerebral, a pesar de su anhelo de infinito, no vibra en los llanos.

Supo cantar el agua por la influencia que tiene en la vida levantina, sin dolores trágicos, sino más bien como una emoción idílica.

¿Por desgracia el tema del agua no es una maldición cuando los cielos la niegan a la tierra y a los hombres?

Pero en la región levantina, la cinta plateada de las acequias y el monocorde tan tan de las norias seculares inscriben una égloga de abundancia, dicen durante las noches y en los anchos amaneceres su canción pródiga. Por eso, Gabriel Miró pudo escribir: "¿Quién recogió las aguas entre sus brazos como una túnica? Únicamente Dios. Ya lo sabe Sigüenza. Si ve bullir el agua en la sierra o en la vera, la sentirá con los ojos, con las manos, con la boca, con el pecho, aspirándola desde la superficie al fondo. Si pasa Sigüenza por los secanos, se incorporará su carne la sed de los terrones. Y en la sed se le aparece el agua en todas sus imágenes".

La producción literaria de Miró es limitada. No llegan a una docena los títulos de sus libros. Pero todos ellos reverberantes, recamados de luces mediterráneas. Recordar la portada de cada una de sus novelas equivale a nombrar una ciudad, un pueblo: Serosca, Jijona, Benidorm, Peñíscola, Muchamiel. Es decir, supone recomendar un clima, un olor peculiar de la urbe o del pueblecillo minúsculo, con el tono de sus gentes, con el ritmo típico de su existencia. Tiempo y espacio cantados en poesía no rimada. Años y leguas que se van muriendo.

Gabriel Miró escribía con lentitud y pausa. Con el cuidado del miniaturista que fabrica sus telas pulgada a pulgada, poniéndose entero en cada una de ellas. Impecable e implacable en su perfección. Realizando sorprendentes hallazgos de dicción llamados a enriquecer la sensibilidad y a nutrir la prosa castellana.

Su manera peculiar de interpretar el mundo impregna el contenido de sus obras. Su época es la de las postrimerías de la generación del 98. Y hace suyos los caracteres ideológicos del momento, tales como una vuelta a la realidad y un culto del silencio de la aldea. Hondo pesimismo llevado a sus máximas delgadeces. Y en la vida, modelos de hombres fracasados y abúlicos como los que desfilan en algunas obras de Baroja y Azorín.

Miró potencia líricamente héroes románticos, sin energías, ce-

losos guardadores de un ideal de gloria, pero hombres estériles, enflaquecida su fibra nacional.

En la España de la Restauración, Sigüenza fué el tipo nacional superior. Su obra *El Abuelo del Rey* es el último libro, en orden cronológico, de la llamada literatura del desastre. Y gloriosos antecedentes de protagonistas del fracaso y de la abulia fueron los tipos aprisionados en obras como *La Voluntad* de Azorín y *Camino de Perfección*, de Pío Baroja.

¿Será cierto que los personajes creados por el hombre son hijos de su propia sensibilidad y tienen un alma gemela?

Tal parece en el caso de Sigüenza, imagen virtual de Gabriel Miró.

Sin embargo, también es posible el fenómeno inverso. Y la duda comienza a rondar, condicionando las interpretaciones.

¿Hasta qué punto el autor se enamora de sus criaturas y trata de imitar y valorar con acciones sus ademanes y sus pensamientos?

Se ha dicho de Miró que era un cultivador de la prosa impresionista, escuela derivada del simbolismo francés. Que su frase era pulida y musical como la de un parnasiano. Que era un observador y experimentador, ceñido, a veces, al método naturalista. Y que su prosa estaba llena de hechos bien escogidos, con minuciosas anotaciones, ampliamente circunstanciadas.

Efectivamente, cualquiera de esos rasgos, y todos en conjunción brillante, se hallan en las páginas de Miró.

La técnica impresionista le supo dar el único medio de idealizar el realismo de la vida provinciana. El Parnaso le ha dado precisión en la frase, invitándole a usar un léxico depurado. Intimidad, confesión y sonos líricos.

En sus andanzas, ha ido cazando los aspectos fugitivos y deliciosos de la naturaleza. La melancólica belleza de lo fugitivo e incompleto que invita a soñar. Aprisionando el alma de las calles, de los campos y de los seres. Alma que dice cosas muy bellas a quienes como Miró entienden su extraño idioma. Y por eso los ver-

daderos personajes de sus obras son las ramas del olivo y del naranjo, los grandes árboles trenzados de hiedras, las glorietas de rosales, glicinas, jazmines y el agua. El agua de hontaneda "delgada y virgen", el agua de pozo, "que siempre está esperando nuestra mirada", el agua de la peña a la boca "como una miel mordida en la bresca y como una fruta en la rama", el agua, en fin, afilada y desnuda "sentida con los ojos, con la boca, con el pecho".

También el mar. El mar Mediterráneo que palpita bajo una lluvia gloriosa de sol. Con el contorno de la costa desnuda y ruborosa. Con la noche de la playa "en la que hay una emoción delicada de mujer".

Y el paisaje del campo: "Llegaba de la vega el aliento del Segral, allí río crecido del todo, agrícola y caminante. Casas de hacenderías. Casalicio de señores. Viejos cipreses de aguja húmeda y, en el cerrado follaje, el ruiseñor de todas las mañanas".

La huerta de Alicante: "Hondo llano de jardines sedientos y de tierras labradas, de árboles viejos, grandes, patriarcales, de vidas robustas y ardientes".

Y en la huerta una palpitación de vida mínima y plural. "El abejorro, el grillo de élitros brillantes, los corderos y recentales de blancura viva y donosa, las abejas trabajadoras y comadres que faenan para beneficio y poesía de los hombres".

Una vida que se hace y consume en los pueblos levantinos, empapados de luz y de cielo. Peñíscola, "abrupta y gentil". Pueblecillo que se funde y se esfuma debajo de un oro ardiente y brumoso, cuya blanca silueta recuerda los palacios de encantamiento. Muy cerca, Muchamiel, paisaje mudo, grande y estático bajo la pompa gloriosa de los cielos. Y Jijona que surge súbita y audaz, trepando por la sierra. Pero esta esquivez de pueblo abrupto va adornado de donaire y travesuras de doncella muy feliz que se sube por riscos y derrocaderos y enseña más gracias cuanto más cuida de cubrirse y huir. El ambiente es sutil, medianero de "un bello pecado de amor".

Sin duda, las ideas que hacen vibrar el alma de un escritor,

provocando determinadas plasmaciones simbólicas, permiten fijar su actitud espiritual, su especial manera de reaccionar frente a la realidad y a los acontecimientos del vivir.

Actitud que, unas veces, puede ser negativa en su más amplio sentido. Gabriel Miró, por el contrario, ha tomado esa realidad en sus aspectos gozosos y deprimentes, la ha convertido en tema poético y, para estilizarla ha tenido que usar un lenguaje impresionista, alusivo, con vehemencias, apto para evocar imágenes de alguna realidad excesivamente perfecta y terminada.

¿No será posible que el artista incurra en falsedad, cuando se deja vencer por el inevitable romanticismo de las imágenes ópticas del recuerdo?

Las mujeres y los hombres de las novelas de Miró son criaturas transfiguradas por un lirismo que se ciñe a la más exacta disciplina estética. Inmersos en el baño multicolor del paisaje, ahogada su voz bajo el murmullo de los elementos, deben esforzarse para no cumplir un sueño de evasión, más allá de las zonas de la realidad, tan lejos les llevaría su impulso.

Las Cerezas del Cementerio, su obra más realista, no puede conformarse enteramente a la pauta de la realidad y termina con una delicada sublimación de sus dos protagonistas, mujeres las dos, una, Isabel, doncella dorada del aire y sol campesinos, sencilla, fuerte y hermosa, la otra, Beatriz, fruta dorada que destila la primera lágrima de su miel, con esposo enjuto de palabra y de carne, rasurado y altísimo. La acción, en "La Olmeda", viejo, grande y rico solar de los Valdivia. Pequeño horizonte, si bien pletórico, de vida intensa. Y en este horizonte, otra mujer, Julia, con palidez mística de novicia, donaires y alborozos de rapaza. Y dice Miró, "que su carne y su alma daban la sensación y fragancia de la fruta en agraz".

Toda la suavidad y delicadeza del escritor se vierten en sus retratos de mujer, en los que, casi siempre, quiere valorar estados crepusculares de conciencia. Así, Paulina, espigada del huerto de *Nuestro Padre San Daniel*, aunque joven, es ya mujer medrosa

y acongojada. El grito de los pájaros abre en Paulina "unos valles de tristeza donde se entra palpitando su alma".

La linda María, en *El Obispo leproso* es la huérfana eterna "de la eterna hidalguía provincial".

Las monjas dispuestas a tranfigurar lo humano ven a un joven comandante por el torno angosto y se creen en presencia "de un enviado del cielo, de un arcángel resplandeciente".

Pero ningún tipo femenino tan original como el de una madre abadesa que se dedica a espantar lo sobrenatural, que constantemente aletea sobre el convento. Y es que le preocupa la excesiva virtud de sus monjas por si acaso atrae graves consecuencias. Tal vez, las apariciones y milagros llegarían a plantearle delicados problemas.

* * *

Gabriel Miró no ha sido un escritor fecundo. No podía serlo, dada su técnica pulcra y meticulosa. Son tres sus obras más importantes. En ellas vibran felices hallazgos de dicción en los que tiembla la sobriedad de Castilla y el lirismo avasallador de Levante.

Su libro *Figuras de la Pasión*, fué escrito al margen de finalidades apologéticas. Quizás movió la pluma del autor el deseo de referir acciones que en las Sagradas Escrituras o no se dicen o se presentan difuminadas, encubiertas.

En momentos distintos fueron apareciendo las "Figuras" en forma de artículos, publicados en la prensa española. Posteriormente, se recogieron en un volumen.

Es sorprendente la técnica utilizada por Miró para construir esta obra. Como en el resto de sus libros, resalta la manera peculiar de dar vida poética al idioma, resaltando su propia belleza substantiva, independientemente de todo contenido intelectual y anecdótico.

La dificultad máxima de esta obra, rapsodia de tierras y lugares, ha sido la de poder dar la sensación de vida integral respetando la figura sublime del Rabí. Y el autor lo ha conseguido, presentán-

donos una visión del drama, sin tratar de personificar al Salvador, sino viéndolo siempre en perspectiva y aún en lejanía.

Miró consiguió sublimar y espiritualizar los elementos humanos y reales con el mismo ímpetu que lo consiguen el corazón y la fe. La vaguedad del tono de las palabras evangélicas cuadra a su justo estilo.

Los personajes, las figuras sacras son auténticas metáforas humanas, manejadas con tacto exquisito, para evitar que estas armas líricas se revuelvan contra la realidad y la vulneren.

Estas *Figuras de la Pasión* nos presentan algunos tipos singulares, hombres de bronca epidermis, doncellas que aman, como una dulce anticipación, los deliquios de un cielo que parecía inasible.

Hoy día, a pocos años de distancia de la publicación de la obra, el hombre de nuestra época, más cerebral que vascular, se pregunta en ansias de conocer y de reducir a unidad las instituciones dispersas: ¿Cuáles son las más valiosas raíces del misticismo? ¿Qué hado encantador señala los verdaderos caminos de la santidad?

Y más de alguno vive creyendo que en nuestras venas circula el dulce fermento de una divinidad que pone angustia y esperanza en los corazones.

En *El libro de Sigüenza* se glosan las jornadas de un caballero levantino. Su tema no es sólo el paisaje, sino más bien, el hombre en el paisaje. Algo así como la tierra, el pájaro, el árbol y la flor como recursos ancilares para expresar lo humano, el contorno del hombre, sus alegrías y desesperanza.

Es una obra profundamente humana, sin estilización pintoresca o costumbrista. El regionalismo que en ella se cultiva, representa, como siempre una limitación, pero fecunda en este caso, porque trae aparejada un desarrollo en profundidad. El paisaje deja de ser cosa inanimada. Las tierras, los caminos, surgen, lloran, sonríen, se dilatan, cambian de tono, se sobrecogen. Viven con el alma del hombre, adquieren un valor dinámico, existencial en su más puro significado, sin lastres de torpe filosofía.

Esta obra es el testimonio y aún la medida y la palabra de muchas emociones de la juventud de Miró. Evocaciones de aquellas vivencias ya señaladas sobre las que se fué desgranando su vida. Y con ese tiempo fenecido, días que transcurren con la monotonía de algún domingo hecho de palidez y melancolía que se tiende, como niebla, sobre aradas soledades y llanuras hoscas.

Quizás por primera vez no hay en sus páginas un excesivo revolver de la fantasía, ya que sus motivos son de carne y hueso, de tierra y agua. Es objetivo, porque los objetos de sus glosas no son ficciones ni entes que la imaginación crea en estados febriles.

Sigüenza, imagen virtual de Miró, no busca aventuras, ni sensaciones complejas. Con razón se ha dicho que a este caballero levantino no le sucede nunca nada, "a no ser su perpetua angustia de belleza". Sigüenza sale por los caminos de su tierra, porque ama la simplicidad de las gentes campesinas, los aromas terrícolas, su eterno mensaje. Por eso escribe con un grito desesperado: "Seré suyo, sí, pero antes será ella mía. La prenderé en mi corazón, la meteré en mis entrañas y, cuando me venza, cuando venga conmigo, entraré en algo que era mío. La tierra y yo estaremos en paz".

Poco antes de morir, Gabriel Miró compró un pedazo de tierra junto a Polop, en la Sierra Aitana. Aquellas fajas de tierra seca, roja y áspera, diéronle paz, ya al borde de su muerto.

Años y Leguas es la culminación de su obra. En ella se da un amor infinito hacia todos los seres, hombre, planta, insecto, la tierra misma, como emanaciones de la divinidad. Fruición en el goce de los placeres del mundo sensible. Lo que no es otra cosa que un panteísmo místico y estático.

Este panteísmo de Gabriel Miró se funda sobre intuiciones que toman su origen en los rasgos de su personalidad y en el contenido de las ideas puestas en vigencia en el momento en que da rienda suelta a su actividad de escritor.

Ya hemos insinuado cuál era el ambiente ideológico de la generación del 98. Al que podemos añadir la caricia a un naturalismo cada día más rico, impregnando el pensamiento, el arte y la vi-

da, dando origen como a una paralización de las creencias sobrenaturales. Y un panteísmo vago circulando como una misma savia a través de la literatura, de la música y de la pintura. Emoción extraordinaria e inexplicable sentida al contacto con la naturaleza.

Miró había aprendido a descifrar los paisajes y a identificar en su alma los efluvios de la naturaleza. Amante de reconcentrarse en sí mismo, amigo de la soledad, su sensibilidad estaba preparada para aceptar las fórmulas del panteísmo tradicional. Y su amor fué matizado de un entusiasmo místico. A la voluptuosidad que ese contacto le produce, Miró le aplica epítetos que el uso religioso ha santificado.

El autor de tan bellos libros fué un hombre de salud precaria, agobiado de íntimos sufrimientos. Por eso, aunque sus sentidos hayan escogido las cualidades agradables de la naturaleza, no ha de extrañarnos que las haya registrado, no en forma de exaltación vital, sino como mensaje místico que inunda la conciencia de una ternura lenta y suave. Capta los efluvios de la inmanencia divina, pero no llega nunca a decirnos que la naturaleza es Dios. Quizás lo hubiera dicho, si su pensamiento no hubiese sido paralizado por ningún dogma, adoptando una posición hostil frente a las religiones personales.

En *Años y Leguas* surgen los temas que le son amables. Su fantasía adquiere bríos insospechados frente a la gigantesca mole de las montañas. Trepa por las pendientes y riscos irisados de luz, perfumados de olores. Desde lo más alto el horizonte se despliega y agranda como un mar. Su espíritu va a la deriva. Una actividad loca de pensamientos, de imaginaciones, una tempestad de fondo se eleva en su alma. Y es entonces cuando la vida le parece un espíritu universal.

La culminación de la obra mironiana, sus notas más significativas nos hacen meditar con entrañable sentido dubitativo.

¿El panteísmo de algunos hombres no será el eco florecido de muchas soledades vividas en su adolescencia triste?

* * *

Cuando muere Gabriel Miró, son dos ojos azules que se apagan, una sensibilidad y un corazón que ya no vibran. Posiblemente siguen amando a la tierra, al insecto y al hombre. Y queda una obra pulida, musical, profundamente humana.

El filólogo, el estudioso de los estilos literarios observa que en las obras del escritor levantino se da una esquematización sintáctica, con un predominio de la frase nominal sobre la verbal, ya que la técnica impresionista exige que así sea.

En efecto, cuando el lenguaje capta la impresión fugaz y móvil de la realidad ha de ser rápido, adoptando el recurso de frases breves, instantáneas, sin rígidas articulaciones gramaticales, con un imperio de la "coordinación" sobre la "subordinación", haciendo flexibles los ligamentos.

Una mujer de exquisita sensibilidad, Elvira Collados, estudió lo más esencial del estilo sintáctico de Miró. Y señaló, entre otros hallazgos, la tendencia mironiana a invertir la realidad. Veamos, por ejemplo: "La arboleda y las granjas del recuesto iban penetrando bajo la sombra, blanca y húmeda, que venía de lo hondo, como un humo".

No es la noche, quien todo lo cubre, son los árboles y las granjas, quienes se guarecen bajo la oscuridad.

"La carretera va de pueblo en pueblo, para que los caminantes regresen a sus casas". "El silencio se ponía a jugar con una esquila, que sonaba tomándola y deshaciéndola en la quietud de las veredas". "Se apagaron dulcemente los árboles de oro". "Y las sendas de Betlen, aunque se rompan y se cieguen, no dejan su jornada, renacen más lejos, brincando desnudas". "Una senda subía lenta, penosa, equivocándose".

También los eruditos implacables nos dicen que el autor de *Años y Leguas* tenía una facilidad extraordinaria para crear verbos a base de substantivos: "Una voz afectada "copleó" los milagros y

alabanzas de un santo". "Allí "faenaban" los hombres". "La bella agua donde se fundían y "troceaban" lunas infinitas". "La canción en la tarde tranquila "melancolizaba". "Mañaneó" Sigüenza: sus ojos "lumbrearón". "Bulteaban" algunos vecinos; cuando entró el pueblo "albeaba".

No cabe duda de que en sus páginas predominan las imágenes visuales, lo plástico sobre lo musical. Una impresión le suministra el tema. Y la vivencia suscitada se convierte en motivo de la creación artística. De ahí, el predominio de muchas y acertadas descripciones a base de un lenguaje "de fantasía". He aquí, entre otros, un párrafo: "Entonces, una moza, de ojos de dulce pereza, de dientes de nardo, de pechos de palomas asustadas, alzóse gloriosamente, y todo lo que le rodeaba pareció penetrado de su hermosura".

Gabriel Miró se dió entero en su obra. En muchas de sus páginas hay el derrame lumbroso de aquella luz mediterránea que hizo vibrar sus nacientes pupilas. Y si una mujer hermosa lo meció entre sus brazos, también él supo transfigurar las figuras femeninas de sus relatos. Aquellas estampas dulzonas, paradisíacas que contemplara entre los muros escolares, dieron ingravidez a sus plantas, le incitaron a ver a los hombres en sus tonos y arrebatos crepusculares de conciencia. La nostalgia de los tiempos que ya fueron es uno de sus temas predilectos, quizás porque hubo de vivir sus años de lucha en medios de indiferencia y que le fueron adversos. El hecho fortuito de que una editorial le encargase la redacción de algunos capítulos de una Enciclopedia Sagrada le señaló un camino, hizo posible que el autor encontrase la cristalización de su bello estilo. Y cuántas veces la vida del escritor fué como la imagen real de los personajes que había alumbrado. Diríase que los últimos años del autor se caracterizan por el deseo de imitar y valorar con acciones el ademán y pensamiento de muchas de sus criaturas novelescas.

Quizás haya alguna falsedad en determinadas evocaciones, sobre todo cuando Miró, reanimando las imágenes ópticas del recuerdo, incurre en romanticismos de gran alcurnia. Es un fenómeno

inevitable que se da en todas las literaturas y en los hombres hiperestésicos. Sin duda, de esta forma, se provoca una realidad con tornasoles poéticos muy superior al modelo concreto.

Su panteísmo, manifestación mística y amorosa que se vierte sobre los seres, puede ser como la proyección de un anhelo gregario cimentado sobre muchas horas de soledad juvenil. Con frecuencia, el hombre deja que su espíritu vuele en ansias místicas para buscar las raíces de una solidaridad cordial, que las circunstancias le negaran antaño.

El contenido de su obra, los matices de su estilo, los temas evanescentes, tan amorosamente cultivados, nos dicen cuál fué la cifra de su alma.